

minúsculas

Progreso y confusión



Eduardo Escobar

Bouvard y Pécuchet es considerada como el otro fracaso de Flaubert con *La tentación de San Antonio*, una obra que aun-

que sus amigos le aconsejaron echar al fuego en 1849, el autor rehusó a las llamas y reescribió antes de publicarla en 1857. *Bouvard y Pécuchet* es una frustración no sólo por haber quedado inconclusa. Deja la sensación de un cuaderno de notas, de un inmenso borrador sin cocinar. Las anécdotas se acumulan sin una clara solución de continuidad en un frenesí contradictorio con la parsimonia de Flaubert para detallar procesos y atmósferas más allá de lo circunstancial en las historias, como le fue permitido en *Madame Bovary*, relato de una provinciana fascinada por el lujo y los libros sentimentales. *Madame Bovary* cuenta una derrota del amor; *La tentación de San Antonio*, la de la santidad;

Bouvard y Pécuchet caen bajo el hechizo de la concupiscencia del conocimiento.

Borges dice que el monje de Flaubert aspiraba a ser el universo, como Brahma o Whitman. *Bouvard y Pécuchet* es una síntesis de la vanidad de las búsquedas humanas de verdad y felicidad.

Dicen que hay una carpintería de la literatura. En *Bouvard y Pécuchet* las bisagras no parecen bien articuladas. Adolece de una tosquedad de superficie, de una incierta aspereza. El modo de hilvanar los acontecimientos decepciona al lector a pesar de la comicidad que irradian las actividades de los personajes. Pero la gracia salva del menosprecio cualquier libro. Sobre todo si es de Flaubert, que santificó el arte

de prosar por el rigor, la persistencia y el anhelo de la palabra justa. Por la palabra justa, Flaubert quiso redimir las miserias del mundo.

En la historia de madame Bovary, la tristeza está consolada por el estilo sin efusiones. *La tentación...* es exuberante, está llena de exotismo y color. En *Bouvard y Pécuchet* falla la disciplina de Flaubert. Aunque debió exigirle una constancia sobrehumana.

A pesar de todo, avanzando a saltos por medio de bocetos descoyuntados y episodios sin acabar, la fábula de los dos escribientes hartos de la mediocridad de sus existencias y de la monotonía de las oficinas, que deciden hacer vida en común, propicia una catarsis. En todo caso, en aquellos como este iluso servidor que alcanzaron la peor de las formas de la lucidez en el convencimiento del fiasco final de todas las cosas que nos incumben, y que como Bouvard y Pécuchet emplearon su vida en los afanes de buscar lo que no se les perdió, en el inútil intento de coger el rábano del mundo por las hojas, validos de lecturas, empeños religiosos, dietas, experimentos en la agricultura y fundando casas de comercio.

Flaubert es irónico, Bouvard y Pécuchet se informan sobre los descubrimientos, leen prospectos

sobre todas las cosas, y por consiguiente, dice con sarcasmo, se les desarrolló la inteligencia. Agrega que en el fondo de un horizonte, cada día más lejano, divisaban cosas maravillosas y confusas. Antiguas, confusas y profundas, dijo, de las que se transmiten con la mirada Priscila y Antonio en *La tentación...*

A imitación de don Quijote, otro devorador de libros, la pareja de retirados franceses acongoja y divierte. Invita a la risa, la compasión y la melancolía. Don Quijote y Sancho son los paladines de una justicia inhallable que siempre salen burlados. Bouvard y Pécuchet se apresuran en busca de las desgracias del conocimiento en un universo que los rebasa. Sospecho, en el propósito de Flaubert, un libro sobre un nuevo y respetable binomio.

La narración obliga a compadecer todo optimismo; los espejismos de la esperanza siempre deshechos y reconstruidos. Reproduce las decepciones del siglo XX, los descalabros de la razón, otra palabra que debería ir siempre entre comillas como Nabokov aconsejaba con la palabra "Realidad". Las peripecias exploran en tono de sainete las inquietudes de un siglo. Los dos honestos camaradas se empeñan en plantearse los problemas de la época y en participar en las soluciones a través de la produc-

ción de alimentos, la física, la metafísica, la química, la medicina, la política, la economía, la arqueología, el magnetismo, el espiritismo, la pedagogía. Todo los entusiasma. Una disciplina los lleva a otra: encargan libros, retortas, discuten, tratan de orientarse en el laberinto de las ciencias y fracasan y desfallecen. Fabrican conservas. Hierven las frutas. El agua se evapora. Añaden agua fría en el proceso. Revientan los frascos. Tres se salvan. Inventan una crema. Esto les exige poner en funcionamiento sus dotes de publicistas. Encuentran un nombre fácil de retener, extraño, atractivo: La Bouvarina. Contra el estreñimiento comprimen carne cruda con jugo gástrico de pato en ampolletas que llevan en la axila. Y consiguen una infección.

Un coro de personajes febriles entra y sale de la escena. A veces en desacuerdo con ellos; otras les llevan la cuerda. Viudas, funcionarios, sirvientas, escrofulosos. En ocasiones sujetos de sus terapias. Intentan enderezar un jorobado con menjurjes. Contra la opinión del párroco adoptan la nueva moda de introducir el termómetro por detrás.

Bouvard y Pécuchet son dignos de lástima en un rincón de la campaña francesa que es cualquier lugar, en un tiempo igual a cualquier otro. Las obse-



revista
UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA
ISSN: 0120-2367

Rector
Alberto Uribe Correa
Vicerrector general
Martiniño Jaime Contreras
Secretario general
Carlos Vásquez Tamayo

Director: Elkin Restrepo
Asistente de dirección:
Lina María Ruíz Guzmán
Diseñadora:
Marcela Mejía Escobar

Auxiliar administrativa:
Hilda Milena Villegas Mejía
Corrector: Andrés García Londoño

Comité editorial: Jairo Alarcón,
Sandra Arenas Grisales, Carlos
Arturo Fernández, Efrén Alexander
Giraldo, Pablo Montoya, Juan Carlos
Orrego, César Ospina, Martha Alicia
Pérez, Luz María Restrepo,
Alonso Sepúlveda.

Impresión: Imprenta Universidad
de Antioquia, Medellín, Colombia

Correspondencia y suscripciones:
Departamento de Publicaciones,
Universidad de Antioquia
Bloque 28, oficina 233,
Ciudad Universitaria
Calle 67 N.º 53-108
Apartado 1226, Medellín, Colombia

Tel.: (574) 219 50 10, 219 50 14
Fax: (574) 219 50 12

E-mail:
revudea@quimbaya.udea.edu.co
Página web:
<http://www.editorialudea.com>
Publicación indizada en: MLA,
Ulrich's, CLASE

Canje:
Sistema de Bibliotecas,
Universidad de Antioquia
Bloque 8, Ciudad Universitaria
E-mail: canjebc@caribe.udea.edu.co

Licencia del Ministerio de Gobierno
N.º 00238
Tarifa postal reducida para libros y
revistas N.º 843 de la Administración
Postal Nacional

La Revista Universidad de Antioquia no se hace responsable de los conceptos y opiniones emitidos en los artículos, los cuales son responsabilidad exclusiva de los autores.

siones por la higiene los llenan de preocupaciones. Pendientes del color de la lengua, se toman el pulso, beben agua mineral, se purgan, se cuidan del frío, del calor, de la lluvia, de las moscas, las corrientes de aire, y convierten el desayuno en un gran problema.

La crónica del siglo XX que acaba de marcharse parece calcar el XIX que reproduce Flaubert a vuelapluma. Y el XIX se parece al XVIII. Bouvard y Pécuchet se preguntan si tienen compañeros en las estrellas. Los de Sirio deben ser grandes. Los de Venus, pequeños. Pero cumpliendo con el ideal de una prosa despersonalizada, Flaubert no establece sincronías, no emite juicios, no recuerda a Bruno. Se limita a observar sus personajes, y éstos, al arrastre de sus argumentos, tampoco hacen cálculos, inconscientes de repetir un tiempo muerto que a su vez repitió otro, que a su vez... Hasta la náusea.

El eterno retorno tiene un abismo. Ha de haber habido una primera vez de todo, la de la pérdida de la virginidad y la inocencia, que sirvió de modelo a los juegos inabarcables del tiempo.

Todos los intentos de Bouvard y Pécuchet por hallar sentido a la vida paran en el doloroso sentimiento de la impotencia o en la perplejidad. El proyecto de vivir en una granja en armonía con la naturaleza, se marchita. Estudian anatomía y se confunden con la complejidad del cuerpo humano. Revisan las teorías de la libertad, las ideas políticas, auguran los beneficios y peligros del progreso y caen en las amargas de un sombrío escepticismo, asimilable al de los existencialistas del siglo XX, que por poco los conduce al suicidio como le sucedió a muchos de ellos. Pécuchet ve negro el porvenir. El hombre moderno se rebaja a la condición de máquina. Bouvard es más optimista:

la humanidad escapará a los astros cuando la Tierra se haya gastado. Nos mudaremos a las estrellas. Y después de la última experiencia como frenólogos y pedagogos, el libro se interrumpirá abruptamente.

Me queda claro que Bouvard y Pécuchet arribaron sin saber al sagrado principio de incertidumbre que el siglo XX le heredó al XXI, amasado con el despojo de sus fantasías. Pero resulta imposible saber si Flaubert era consciente de sus dones de profeta.

eleonescobar@hotmail.com



Piedra de jade



Ignacio Piedrahíta

La palabra jade tiene origen curativo. Se refiere a la piedra de la ijada, pues el jade era usado por los conquistadores españoles como remedio para los males de esta parte del cuerpo. La ijada, por cierto, está ubicada en las cavidades existentes entre las costillas falsas y los huesos de la cadera. El jade es un tipo de piedra que comprende dos minerales: la jadeíta y la nefrita, ambos de composición diferente pero de apariencia similar, que han pasado el uno por el otro a lo largo de la historia sin mucho

problema. El término nefrita viene del griego *nephros*, que significa precisamente riñón. En nuestros días, las drogas para curar los males renales podrán ser más efectivas, pero nunca tan vistosas ni estimadas como el jade.

En general, el color del jade suele ser el verde, desde el manzana hasta el esmeralda, o casi blanco con manchas verdes. Pero también hay jades rojizos por las impurezas de hierro, o violetas debido al manganeso. En cuanto al verde, el responsable es el cromo. Una vez pulidas, la nefrita es aceitosa al tacto mientras que la jadeíta es vítrea. Si esto no basta para distinguirlas, se pueden someter al calor y la jadeíta será la primera en fundirse, sin embargo, una vez el artesano ha tallado la piedra, nadie querría echarla a perder para saber de qué mineral se trata. El jade fue utilizado en muchos lugares del mundo desde el neolítico, cuando se tallaron con él puntas de flechas, hachuelas y otras herramientas. Debido a su resistencia y dureza, las lascas de jade cortaban como el acero. Luego, cuando el hierro y el bronce tomaron el lugar de los utensilios de piedra, el jade se utilizó para hacer pequeñas esculturas, ornamentos y joyería en general.

En las novelas clásicas resulta frecuente encontrar la comparación de la piel de una mujer hermosa con el alabastro; una variedad de yeso de gran blancura parecida al mármol. Un oficio similar le corresponde, en los relatos del lejano oriente, al jade. La blancura en la piel de la mujer como sinónimo de belleza nos parece fácilmente entendible, pero el tono verdoso pálido del jade (nefrita, en esta caso) lleva la metáfora un poco más lejos. En esto debe haber mucho de tradición, pues el jade ha sido tallado en China desde hace más

de cinco mil años para producir talismanes y figuras decorativas de gran belleza.

El jade no sólo fue apreciado en China sino también en América Central. En el valle de Motagua, en Guatemala, existen importantes yacimientos de jadeíta. De allí fue extraída por los antiguos pobladores de México, y con él hicieron placas, figuras, máscaras, pendientes e insignias de rango. Mayas y aztecas relacionaban el jade con el agua y acostumbraban enterrar al muerto con una piedra de esa especie en la boca, no fuera a pasar sed en el largo viaje por el inframundo. En cuanto a las máscaras, se sabe que no se usaron para lucir en algún tipo de ritual, sino como parte del ajuar funerario; pueden ser de una sola placa de piedra o de muchas piezas que forman en conjunto un rostro humano con orificios para los ojos y la boca. Las cuencas oculares suelen estar incrustadas en otros materiales que forman la retina y la pupila, y que le dan una gran vivacidad.

Puesto que el jade no suele presentarse en cristales aislados, sino en agregados fibrosos, no es común que sea del todo transparente o que tenga una apariencia homogénea, como sucede con otros minerales preciosos. En el caso del jade, esos agregados se evidencian por el vetado irregular de la piedra, que en los muy verdes puede ser negruzco, o en los muy blancos puede ser verdoso. El pulimiento del tallador, en cualquier caso, es incapaz de eliminar esa irregularidad interior; al contrario, ésta resalta con más fuerza para dar como resultado una idea de belleza que emana directamente de lo natural, de lo imperfecto. En general, brota del jade una preciosidad, en bruto, que perturba. Y tal vez sea por esta razón que al contemplar las máscaras precolombinas se

pueda sentir que no es la muerte quien las inspira, sino el anhelo de vida más allá de este mundo.

agromena@gmail.com



Los otros



Andrés García Londoño

El otro, aquél que no somos, encierra algunos de los misterios más esenciales. Y es que allí, al frente del yo, están siempre “los otros”; esto es, todos los demás seres humanos. Muy parecidos a lo que somos, con nuestros mismos órganos, incluyendo un cerebro y un corazón iguales en esencia, pero con algo que, en su diferencia, se nos presenta por completo inentendible. Ahí están ellos, aquí el yo, y, al mirar, las diferencias nos asombran aún más que las semejanzas: ¿Cómo alguien pudo elegir ser un soldado de la SS? ¿Cómo pudo existir un Gandhi? ¿Cómo un Bach? ¿Cómo un Bolívar? ¿Cómo un Sade? ¿Cómo un Julio César? ¿Cómo un Nietzsche?

Y no hace falta ni siquiera alejarse en la historia. Miramos al otro y resaltan las diferencias, en primer lugar entre las mitades de la humanidad. ¿Cómo entender, realmente entender, a una mujer, siendo hombre? ¿Cómo entender, realmente entender, a un hombre, siendo mujer? Separa a los sexos un abismo fisiológico e histórico tan grande, particularmente en relación con el afecto y el sexo, que quizá por eso surgen consejos de expertos en terapias de pareja, como el lama Ole Nydahl, maestro en meditación que acaba de publicar el libro *El Buda y el amor*, quien afirma: “El uso del lenguaje entre hombres y mujeres es diferente y por eso surgen los malentendidos. El problema es que se habla mucho. Deberían ir más a la cama y hablar menos. En la cama todo se soluciona”. Y aunque resulta difícil saber si un consejo así resulta estúpido o sabio, lo que sí muestra sin duda es el tamaño de las diferencias que nos separan y la dificultad para entender los esquemas de pensamiento del sexo opuesto.

Pero aunque quizá la diferencia más obvia y elemental entre los seres humanos sea el sexo biológico, las desemejanzas —y, en esa medida, la dificultad de comprensión y las preguntas sobre uno mismo que nacen de la comparación con otros— no acaban allí. ¿Cómo saber, por ejemplo, lo que significa vivir con menos de un sueldo mínimo y tener una familia que alimentar? ¿Qué no haríamos si estuviéramos en esa posición? ¿Seguiríamos siendo seres “tan morales” como somos hoy? Y si fuéramos obscenamente ricos, ¿seríamos realmente más felices por no sufrir por dinero, o encontraríamos otra fuente de angustia, otra circunstancia a la cual culpar de nuestra melancolía?... Incluso es viable preguntarse: ¿seríamos

más solidarios o más mezquinos de lo que ya somos?

Y es que “los otros” representan posibilidades fascinantes. La posibilidad de otra vida —o la vida de otro— distinta a esta única cuyo papel, día a día, tratamos de representar lo mejor que podemos. La literatura es una forma de escapar de nuestro único presente, de conjurar las mil vidas que no vivimos, pues generalmente escribimos para otros y acerca de otros. De hecho, hay obras que se centran exclusivamente en las posibilidades de ser otro, como ocurre en *Mundo de día*, de Philip José Farmer. En una Tierra saturada por la sobrepoblación, la solución de las autoridades para compartir los pocos recursos naturales, es dividir a los seres humanos en siete grupos, cada uno de los cuales está despierto sólo un día de la semana e hiberna los otros seis. Pero hay quienes descubren cómo vencer el sistema y pasan despiertos toda la semana, siendo cada día de la semana una persona diferente en un mundo totalmente distinto, ya que lo que hace distinto al mundo, antes que cualquier otra cosa, son precisamente los otros, y ninguno conoce a nadie aparte de aquellos que lo rodean el día que está despierto. Así, los violadores del sistema pueden ser fieles esposos el lunes y díscolos juerguistas el martes; policías, el miércoles; ladrones, el jueves; empresarios, el viernes; ayunar como sacerdotes el sábado y pintar o escribir el domingo.... En resumen, una vida no basta, cuando hay posibilidades de ser tantos.

Pero esa fascinación por el otro y sus posibilidades no se limita sólo a los individuos. Cada cultura busca sus opuestas para compararse, ver sus propias posibilidades e incluso entenderse a sí misma. Y no sólo en

nuestra época. De hecho, antes, cuando se escuchaba de tierras lejanas sin verlas por televisión, la búsqueda de una humanidad que pudiera resolver lo que fallaba en nuestras vidas, realzar la bondad de nuestra realidad o convertirse en ideal, resultaba más fácil, pues se contaba con la ayuda de la imaginación, como se hace evidente en el libro *Entre el ángel y la bestia*, de Lucian Boia. Para la primera cristianidad, por ejemplo, la India de Alejandro representaba el ideal de una comunidad habitada por santones que habían logrado desapegarse de toda necesidad material. Para los marineros del siglo XVIII, Tahití era la meca, por la libertad sexual de sus costumbres, más obvia aún en comparación con los ideales hipócritamente puritanos de la Europa de la época —a pesar de que no resultara tan atractiva la carencia del concepto de propiedad, por lo que solían acusar a sus ciudadanos de ladrones y sólo los perdonaban por la ligereza con que “prestaban” a sus mujeres—. Y por mucho tiempo, la búsqueda de la Terra Australis —que no hay que confundir con la Australia real— fue la búsqueda de una sociedad que, por estar situada en el extremo opuesto de Europa, debía ser también, social y moralmente, su imagen antagónica en el espejo.

La búsqueda de las “distintas humanidades” caracterizó el imaginario europeo anterior y posterior a la Ilustración, en particular durante la Era de los descubrimientos. Incluso muchas de las bases del racismo contemporáneo se sentaron en esa época, cuando se pretendió establecer un sistema para todo, incluyendo los grados de humanidad: en el fondo, el africano, a quien se pintaba incluso con cola; en la mitad, los indígenas americanos, justo debajo de los

orientales; y en la cima, los georgianos, supuestamente los más bellos físicamente de todos los tipos humanos, hasta el punto de que de la cordillera de ese país proviene el nombre que damos a la raza blanca: caucásica. Y como para el hombre ilustrado todo debía ir en conjunto, pues la Razón no se entiende bien con las contradicciones, la belleza física implicaba también una belleza moral. Y así, mágicamente, la superioridad se hacía general... No extraña, entonces, que los casi analfabetos *rednecks* —campesinos blancos sin educación del sur de Estados Unidos— del Ku Klux Klan se sintieran tan superiores moralmente a quienes linchaban hasta hace sólo unos años.

Hoy ya no tenemos mapas con rincones vacíos que explorar. Y sabemos que la especie humana es sólo una, con virtudes y defectos similares, aunque potenciados por la historia particular de cada cultura. Así que, como conjunto, sólo nos queda un lugar para buscar otras especies que no siendo la nuestra, nos la recuerden. En cierto sentido, otras humanidades, radicalmente distintas. Y es mirando hacia arriba, hacia el cielo. Los seres extraterrestres, tan abundantes en las películas y libros de ciencia-ficción, tratan de llenar nuestra necesidad de otros, sin los cuales queda un enorme vacío de sentido, una dificultad para entendernos a nosotros mismos por no poder compararnos sino con los animales, e, indiscutiblemente, una sensación de soledad para la especie como un todo.

Hoy, a comienzos del tercer milenio, sabemos que somos sólo una isla, aunque sospechamos que más allá debe haber otros, muy distintos a nosotros mismos, y los necesitamos. En cierto sentido, los más curiosos y

aventureros entre los habitantes de esa Gran Bretaña que luego se hizo imperio naval, debieron sentir algo muy parecido hace cuatro siglos. Y para nosotros, como para ellos, ya llegará el día de hinchar las velas de nuestras naves, de encender los motores de hidrógeno de nuestros cohetes y volar hacia las estrellas. En búsqueda de Otros. Del Gran Otro. De alguien que nos permita vernos a nosotros mismos al contemplarnos en el espejo de la diferencia y le dé un sentido a la soledad.

agarlon@hotmail.com



Un objeto de cerámica



Paloma Pérez Sastre

*Si os encerrara yo en mis estrofas
frágiles cosas que sonreís...*
José A. Silva

Me persigue desde 1992. Ha sobrevivido a cuatro cambios de casa, y ahora está frente a mi mesa de trabajo haciendo parte de un conjunto de objetos mal dispuestos. Parece haber sido concebida para decoración, pues sólo posa por el lado derecho. ¿Cuestión de eco-

nomía? ¿Asimetría intencionada? En el lado pintado, unas líneas azules resaltan las ondas de las plumas; en el vientre hay unos trazos de forma oval, y el ojo recibe el azul sobre el relieve del iris. Un asterisco media entre la cola y el buche. El lado opuesto, el blanco —no sé por qué las palomas se asocian con ese color— conserva el relieve de la cola y el ojo. La frente es chata; la cabeza, echada hacia atrás. Se trata de una cerámica bien hecha, de una paloma bien plantada.

Así y todo, no la tengo en mucha estima, no entiendo cómo no se ha roto con los correteos de los gatos sobre los muebles. Me disgusta hablar de ella, pero es el primer objeto sobreviviente de mi vida trashumante que se me viene a la cabeza. Tengo otras dos palomas guardadas en la caja de mis anteriores reencarnaciones; una me gusta porque, recogida dentro de sí formando una esfera, me retrata interiormente. La otra es un prendedor de cerámica regalo de un amante. Pero no tengo más remedio que hablar de esa paloma asimétrica, aunque me resulte demasiado autorreferencial: mi nombre hecho objeto; aunque me recuerde —y quizá por ello— la muerte de mi tía Rosario; y con ella, la familia española.

Fue en 1992, cuando yo estaba viviendo en Barcelona y fui a visitarla a Madrid. Me dijo que me tenía un regalo y me la entregó envuelta en un plástico de bolitas de aire. Por entonces ella tenía sesenta y cinco años y acababa de jubilarse; había sido funcionaria toda su vida y estaba feliz yendo aquí y allá a conferencias, museos y reuniones con amigas. Enviudó muy joven, apenas un año después de su matrimonio con un exmilitar que había participado en la incursión a Rusia de las tropas fascistas en la Segunda Guerra Mun-

dial; estuvo semicongelado, y su muerte se produjo a causa de una afección renal años después. Así que mi tía vivió sola casi toda su vida. Tenía muy buen gusto, pero era tacaña; uno de los motivos por los que el resto de la familia la excluía y criticaba con crueldad. Ahora pienso que esa marginación era el lugar donde nos encontrábamos las dos para defendernos —yo era una *sudaca*—.

Tuvo conmigo delicadezas como el regalo de la cerámica de técnica balear, de la que Zegal, su autor, se sentía orgulloso, a juzgar por la firma de surco profundo labrada en el vientre del ave. No obstante la excepcional generosidad con que me favorecía, no fueron fáciles para mí los cortos lapsos de convivencia con ella. Era un ser lleno de manías, normas y requisitos. Una de esas manías era la de los encargos. Cada vez que quería algo, me lo describía puntillosamente; de tal manera, que había que dedicar un día entero de cualquier viaje a buscar el objeto que más se pareciera al que deseaba. No sería extraño que esta cerámica que tengo enfrente haya mortificado en Mallorca a alguna de sus amistades.

Volví a Madrid en 2000. Su cuerpo aún estaba tibio cuando llegué al hospital; me sorprendieron su blancura luminosa y su tamaño, no la recordaba tan alta. También tuve que presenciar el minucioso inventario de sus haberes que hacían sus hermanas.

Me había propuesto escribir sobre un objeto que me hubiera acompañado un tiempo largo, y sólo apareció la paloma de cerámica. ¡Qué raro! Acabo de darme cuenta de que tengo cerca otros objetos con historia, incluso uno que me ha seguido siempre: “la mesita de ruedas” que servía en el comedor de la casa familiar, y ahora alberga la impresora

y el papel. Pero, ¿por qué sólo se iluminó la paloma? ¿Querrá decirme algo mi tía? ¿Le urgirá algún encargo?

palomaperez@une.net.co

Profesora de la Universidad de Antioquia.



Traiciones peruanas



Juan Carlos Orrego

En la pequeña plazuela que se abre ante la bogotana Iglesia de las Aguas descansa desde hace muchos años, en un pedestal de mediana altura, la figura metálica del escritor peruano Ricardo Palma. Por más que la estatua aparezca entristecida por obra de un marchito bigote vencido por la gravedad, su presencia no deja ser sospechosa para el viandante: además de que nada lo liga especialmente con la capital colombiana, Palma invade con sus hierros una zona reservada para nuestros próceres, a juzgar por el monumento de la maniatada Policarpa Salavarrieta que se levanta a sus espaldas. Si las estatuas de los hombres célebres tuvieran vedado, como éstos en vida, el don de la ubicuidad, no habría duda sobre el carácter apócrifo de la versión bogotana del escritor, habida cuenta de

que en el Parque de las Tradiciones, en Lima, ya reposa una réplica metálica de Palma, quien, acomodado sobre una banca, se ve leyendo alguno de los viejos libracos de la Biblioteca Nacional del Perú.

El Ricardo Palma bogotano, sentado sobre lo que parece una silla de juez, ha abandonado un libro cerrado en su mano derecha para escrutar impudicamente la rutina de la Avenida Jiménez. Sin embargo, quizá esa sea la actitud más natural en quien pasó a la posteridad coleccionando chismes de ciudad y fue autor de un libro sobre la Inquisición. Es seguro que, a la fecha, el atalaya de la vida bogotana conocerá, por lo que ha visto perpetrado bajo su fría nariz de hierro, incontables secretos sobre aventuras, deslices y crímenes. Pero, dado que sólo podría especularse a propósito de esos lances oscuros, apenas queda conformarse con el conocimiento de las infidencias y denuncias sobre las debilidades colombianas de que da noticia Palma en sus clásicas *Tradiciones peruanas*. El balance sugiere que el color de nuestro *ethos* nacional se ubica entre la sensualidad y la cobardía.

En el relato “Justicia de Bolívar”, el bibliotecario limeño cuenta algunos pormenores picarescos de la vida del ejército libertador que, acantonado en Ancash, esperaba el día glorioso de la batalla de Junín. Las fuerzas patriotas estaban integradas en buena parte por batallones colombianos, cuyos efectivos, según Palma, rebasaban el estándar de la apostura y el atrevimiento: “Era la oficialidad de estos cuerpos un conjunto de jóvenes gallardos y calaveras, que así eran de indómita bravura en las lides de Marte como en las de Venus”. Inicialmente el cronista informa, con aire festivo, sobre

la capacidad de nuestros compatriotas para poner en jaque la paz hogareña de aquellas breñas, bombardeada con demoleadoras galanterías en contra de las candidas expectativas de padres y novios; sin embargo, en algún momento acaba irritándose ante las pilatunas de los tenorios del norte: “aquellos malditos miltronchos no podían tropezar con un palmito medianamente apetitoso sin decir, como más tarde el valiente Córdova, *Adelante, y paso de vencedor*, y tomarse ciertas familiaridades capaces de dar retortijones al marido menos escamado y quisquilloso”. Que Palma está convencido de que la seducción es un rasgo colombiano endémico queda probado en la tradición “Un tenorio americano”, donde el escritor alude, con aspavientos, al hecho de que treinta soldados colombianos decidieron honrar el Himeneo luego de haber asistido a una fiesta de monjas en el Alto Perú, hoy Bolivia.

En las últimas series de sus relatos, el limeño sopesa mejor aquello de la bravura colombiana en la guerra y acaba haciendo del equívoco valor colombiano el pretexto para una de sus más obscenas tradiciones. En “La pinga del Libertador” se lee que, habiendo escuchado Bolívar que se avivaba a los lanceros colombianos una vez acabada la batalla de Junín, él, sabedor de que los norteños huían de la carga realista en el momento en que un salvador batallón peruano aparecía por un flanco, corrigió con vehemencia: “¡La pinga! ¡Vivan los lanceros del Perú!”. La contundente frase, transcrita por el cronista con evidente fruición de peruano y de deslenguado —y enaltecida con la invocación a Bolívar—, se antoja como una mancha indeleble en la honra colombiana; como una denuncia

llovada desde el panóptico del Olimpo. De modo que el cuadro final de nuestro tradicional comportamiento nacional se reduce a un argumento de novela patética, cuyos personajes, torpes en la guerra, apenas recuperan la gallardía ante las damas ofrecidas para ser conquistadas en la encerrona de un baile de salón.

Quién sabe qué nueva tradición zurciría ahora Ricardo Palma si le fuera dado, invirtiendo el maleficio de la Gorgona, pasar de mineral a humano y descender de la garita desde donde espía la vida bogotana. Lo que cabe suponer es que para las nuevas crónicas habría, disponible como insumo para otras acusaciones, un infinito inventario de lacras y desmesuras, obligatorios productos de la caótica vida de ciudad. Pero no se trata sólo de las enfermedades de índole moral o sociológica: nuestro honor también sería pisoteado por el burlón escritor si él, apenas caído del pedestal y otra vez instalado en su terrena vocación de hombre de libros, se allegara hasta la no muy lejana Librería Lerner y comprobara la liviandad de nuestra literatura contemporánea.

languidamente@gmail.com



Jack el Destripador no ha muerto

Claudia Ivonne Giraldo G.

Por la tarde, llegaremos al Extremo Este de Londres, un lugar de vicio y crimen del siglo XIX, en donde Jack el Destripador, cometió sus crímenes, en otoño de 1888. Acto seguido, bajaremos

del autobús, y buscaremos pistas nosotros mismos. Resuelva el misterio. Tour de Jack el Destripador (página en Internet)

Desde que este asesino en serie aterrorizó a la sociedad victoriana inglesa en 1888, el terrible Jack no ha dejado de seducir a investigadores, escritores y directores de cine. Su letal sombra nos atormenta aún, desde la guarida de nuestros miedos. El hecho de que las víctimas fueran mujeres y de que estas mujeres fueran “prostitutas ocasionales”, no fue lo único que capturó poderosamente la atención del gran público de entonces y no sólo del público inglés, pues Jack el Destripador fue una de las primeras figuras mediáticas de la historia: sus crímenes ostentaban la marca del sadismo más brutal; a esas mujeres les habían extirpado los órganos genitales, además de los riñones, en algunos casos. Entonces, las calles se tornaron más oscuras e inseguras, y el oficio de la prostitución todavía más peligroso.

Jack nunca fue atrapado por la policía. Su verdadera identidad aún se desconoce, a pesar de que las investigaciones continúan. Jack no descansa. En la actualidad se ofrece un *tour* en el que los turistas recorren el barrio que asoló hace más de un siglo... ¿Por qué sigue ocupándonos el tiempo y el interés cuando miles de asesinatos en serie, depredadores sexuales de toda laya y calaña inundan este mundo perverso y terrible en el que habitamos? ¿Qué de Jack nos llama desde la oscuridad?

Tal vez nos fascine y repela al mismo tiempo el hecho de que su identidad nunca se haya esclarecido: no faltó quien aventurara la hipótesis de que se trataba de una mujer... o de un príncipe, o de un carnicero... y hasta de un cirujano: las mutilaciones tenían precisión quirúrgica. Seguramente, si se lo hubiera capturado y



castigado, las mentes hubieran hallado calma. Pero al quedar impunes sus crímenes y desprovisto de rostro el culpable, el horror de su horror se agiganta por momentos; nos devasta saberlo presente, de alguna manera riéndose de nosotros, agazapado en su muerte.

O tal vez, Jack se convierte a ratos en nuestra sombra, una ominosa y colectiva sombra que a veces se nos escapa y hace sus fechorías a sabiendas de que la repudiamos y la odiamos, y que no la perdonamos. La sombra, esa parte oscura y desconocida de nosotros mismos, tiene el rostro colectivo del asesino desconocido. Vuelve a encarnar en todos los asesinos que han hecho de las mujeres, los niños y las niñas sus víctimas. Sus vidas nos inquietan, sus delitos nos escuecen; los detalles de cada asesinato, violación o descuartizamiento atraen a los periodistas; los periodistas escriben libros; los lectores los leen y los comentan mientras desayunan, o mientras cenan y brindan.

Frente a todo este interés por el criminal, las víctimas se van quedando en el olvido; figuran allí como cuerpos destajados, mutilados, violados. No se sabe mucho de ellas: sus sueños, sus ideas, sus vidas. Se sabe, sí, que eran prostitutas: Mary Ann Nichols, de 43 años; Annie Chapman, de 47; Elizabeth Stride, de 45; Catherine Eddows, de 46, y Mary Jane Nelly, de 25. Se sabe

que fueron solas, las descuidadas, a la casa de su asesino; o que andaban de noche, irresponsables, por las calles; o que vivían, ingenuas, con su verdugo; o que exhibían un cuerpo voluptuoso, las provocadoras, ante los ojos de quien no pudo soportarlo; o que dijeron y denunciaron, atrevidas, sus verdades...

En fin, tanta vida vivida y no figurar sino como un cuerpo mutilado, la víctima desnuda, blanca y amoratada, depositada en la camilla de disección, y que la cámara recorre con lentitud e interés pasmosos, para detenerse en los ojos bien abiertos, que parecen mirarnos, decirnos no se sabe qué cosas. Mientras Jack, alimentado por toda esa atención, se prepara de nuevo a hacer de las suyas y así, de paso, entretener a la gran prensa y también a todos los pequeños periódicos, de aquí y de todas partes, y a sus lectores. Y las víctimas, convencidas de su indefensión y de que el mundo es un lugar peligroso para las mujeres, se alistan a caer en la trampa del oscuro depredador que también las habita.

claudiaivonne09@gmail.com



Sobre la caridad

Luis Fernando Mejía

Los corazones humanos que han resuelto hacer obras de caridad siguen en ascenso, circunstancia correspondida con un creciente número de estómagos vacíos. Sólo en las constituciones escritas de los países más optimistas o falaces



las personas continúan naciendo libres e iguales, nadie digno de lástima, demostración definitiva de que “el papel puede con todo”.

Muchos se cansan de dar limosna sin que desaparezca el limosnero; por el contrario, el menesteroso se reproduce y multiplica como algo absolutamente natural, como una “subienda” constante de peces. Las acciones caritativas se limitan a cumplir, en el mejor de los casos, con el servicio de tranquilizar las conciencias agitadas de los donantes y apaciguar pasajeramente algunas angustias del indigente. Pero la caridad no es propiamente un instrumento idóneo para solucionar, por ejemplo, los problemas estructurales de hambre de una comunidad. No se registra en la historia nación alguna que haya alcanzado su desarrollo equilibrado y justo a punta de obras de misericordia, aunque éstas se hayan derrochado desde la aparición de los primeros seres similares al humano actual, cuando el tiempo era tan imperceptible que a nadie lo “cogía el día”.

Frente a la impotencia para lograr altos y homogéneos índices de desarrollo social, prospera el sentimiento que impulsa a auxiliar a los pobres con dádivas o consuelo. Se especializan en la virtud de la caridad intocables organismos internacionales

adscritos a la ONU; organismos nacionales dirigidos por damas de primera; fundaciones o corporaciones con desbordado entusiasmo, a veces sospechoso, que aglutinan los más diversos individuos; organizaciones no gubernamentales para todos los gustos, conformadas por activistas de causas menores; y personas normales, adictas a la caridad, a las que les nace dar limosna a cualquier mano tendida. Pero, ¡que vaina!, la pobreza y la miseria no desaparecen, se agrandan. Pueblos enteros se familiarizan más con el agua bendita que con el agua potable.

Los especialistas en la caridad lo son por distintas razones, ya insinuadas. Unos cumplen su tarea misericordiosa según el mandato evangélico de que “tu mano izquierda no sepa lo que hace tu mano derecha. Y tu Padre, que ve lo que haces en secreto, te dará tu premio” (Mateo, 6, 3, 4). Son personas que cumplen con su deber sin tocar trompetas, pero eso sí, acumulando puntos para obtener el premio mayor, algo valioso que puede ser el Cielo. Por supuesto, hay otro tipo humano, escaso, que se compadece del otro y lo ayuda sin tocar ningún instrumento musical y sin esperar que el Padre lo vea. Estos son seres extraordinarios, con ideologías laicas o religiosas poco reconocidas por la opinión pública generalizada.

En cualquier caso, se recomienda que las acciones bondadosas queden en secreto, por lo menos en este mundo, según lo aconseja el pensamiento rumiado por el bípedo humano desde el momento en que empezó a tomarles ventaja a sus parientes mamíferos.

No obstante, en los últimos años ha quedado obsoleto eso de hacer gestos generosos sin que lo sepa una de las manos. Ahora la idea es sacar el máximo prove-

cho económico o material de las mismísimas obras de caridad. Las que antes disminuían simbólicamente el bolsillo del donante, hoy acrecientan virtuosamente el patrimonio del altruista que se desprende heroicamente de sus sobras.

¡Aleluya!, ha surgido el concepto de responsabilidad social empresarial donde, más allá de generar empleo y pagar impuestos, las empresas se dedican a la filantropía corporativa. Cada empresa constituye su fundación o corporación pero su actividad o desempeño es un juego de vistosas luces. Su existencia y sus proezas nunca son anónimas. No, todas sus labores están acompañadas de trompetas, y hasta de la orquesta completa, cuando construyen una escuelita, una guardería o regalan juguetes en navidad. La publicidad no se hace para promocionar jabones o galletas, se elabora para divulgar masivamente la bondad y el espíritu humanista de la empresa, que se especializa, entonces, en organizar galas de beneficencia.

Obviamente, la consecuencia de lo anterior resulta la mejor: el reconocimiento del consumidor y la creación por parte de la comunidad de un vínculo de confianza con la compañía. Ni más ni menos, es optimizar el ciento por ciento de los recursos, llámense migajas, que se empacan acudiendo a formas publicitarias sofisticadas para divulgarlas en el mercado con su respectiva rentabilidad. Las harinas que caen de la mesa deben regresar con abundancia a la mesa. Por los desperdicios también se reparten dividendos.

Así, las empresas, sin esperar largamente que el Padre las premie, son recompensadas por sus tangibles clientes, pues es preferible comprarle a alguien con semblante generoso, según la conciencia común de los huma-

nos. La felicidad alcanza, entonces, al vendedor y al comprador, aunque la mano izquierda sepa lo que hace la mano derecha, pero negocio es negocio; y el Padre, que es absolutamente comprensivo y dialéctico, ya habrá facilitado el jugoso premio, que aunque terrenal nadie ha dicho que excluya uno que otro regalo celestial.

Finalmente se está modernizando el concepto “caridad” con desmedro y olvido de la idea de justicia, la cual sigue proscrita de los más refinados manuales de economía y administración modernos, pues no deja de ser un estorbo para el funcionamiento de un mercado libre de escrúpulos. Resulta más seguro lidiar a los débiles con el conservador valor de la caridad que con el subversivo valor de la justicia, pues este último puede voltear las cosas. Conviene acostumbrar a los de abajo a consumir caridad, y dejar la justicia para un banquete siempre aplazado.

lfmejia@udea.edu.co



El meticuloso Chris Ware

Álvaro Vélez

“Mis cómics se leen en veinte minutos, pero me cuesta cinco años fabricarlos”. Con esta frase, Adrian Tomine, dibujante de cómics norteamericano, resume la dificultad que conlleva la creación de historietas. Crear una historia en cómic es un trabajo que requiere de tiempo y paciencia, además del talento y pericia del autor. Se trata de dibujar cuadro por cua-



dro, una escena completa, que tan sólo será una parte de toda la narración. Cada viñeta, cada cuadro, de una buena historieta es por sí una unidad dotada de significado y, al mismo tiempo, toda una escena, un ambiente, la descripción de un instante de tiempo que narra el cómic en cuestión. Muchos dibujantes de cómics hacen especial énfasis en el dibujo, en la destreza con el lápiz y el papel. De esos dibujantes sobresalen algunos por su enorme talento a la hora de crear, con líneas y curvas, a partir de la nada. Uno de esos grandes creadores de historietas es Chris Ware (EE. UU., 1967).

Franklin Christenson Ware siempre ha sorprendido por la pasmosa meticulosidad a la hora de dibujar sus maravillosos cómics. Desde la impresionante serie *The Acme Novelty Library* (editada por Fantagraphics Books), que cuenta ya con diecinueve entregas, hasta su novela gráfica *Jimmy Corrigan, The Smartest Kid on Earth* (publicada en español por Planeta DeAgostini). Con un dibujo impecable, en el cual sobresalen los decorados interiores y la arquitectura de finales del siglo XIX, como en el caso de la Feria Mundial de Chicago, en 1893, así como algo del *art Nouveau* y de la arquitectura del *art Deco*, hasta

el llamado estilo internacional, a partir de la segunda mitad del siglo XX; Chris Ware hace de sus cómics todo un despliegue de pericia cuando dibuja escenarios amplios, planos generales de un parque, un pueblo o una ciudad.

Pero no contento con detallar al dedillo escenarios y arquitecturas, Ware centra su atención también en la rotulación. En un mundo cada vez más dominado por los procesos digitales, en donde es posible para muchos creadores ahorrar algo de tiempo acogiéndose a algunas ayudas de su computador personal, Ware niega el avance y hace uso, una vez más, de sus reglas y de su lápiz, pues no sólo escribe a mano los textos de los globos de cada cómic suyo (como antaño, o como aún en estos tiempos se puede ver en muchos autores), sino que también dibuja los títulos y presentaciones de cada obra, con bellas fuentes ornamentadas, inspirado en el estilo *Nouveau y Deco*.

En la serie de televisión titulada *Comix*, del canal de televisión francés Arte, Chris Ware es entrevistado en su casa en Oak Park (Illinois, EE. UU.), donde tiene también su estudio. Allí el autor muestra parte de su trabajo, en originales de medio pliego de papel (planchas de un tamaño descomunal, unos 70x50 cm. aproximadamente), un tamaño que le permite trabajar muy meticulosamente en los detalles de algunas de sus viñetas. Mientras rotula en tinta, Ware explica a los televidentes que todo lo hace a mano, ya que toda su obra prescinde del proceso digital (a excepción, claro está, de la coloración, a la hora de imprimir).

En cuanto al proceso editorial, es otro aspecto que sorprende de las obras de Chris Ware. Las publicaciones de este autor son de una calidad pasmosa. Son obras bellamente editadas,

algunas con lomos en tela, con cubiertas duras o imitando el cuero, y los decorados de sus carátulas sorprenden por los estilizados diseños, a veces con tintas plateadas o doradas. En las obras de Chris Ware se encuentra también ese cuidado en crear un libro que, además de contener una bella obra, sea en sí mismo, como objeto, una obra de arte.

Todas esas cualidades estéticas serían suficientes para situar a Chris Ware como uno de los autores de cómic más relevantes de la actualidad. Sin embargo, el increíble talento de este dibujante no para ahí, pues Ware, además de estar muy pendiente en las bellas imágenes que crea, también está muy atento a la forma en que narra las historias en sus cómics. Ware es un revolucionario a la hora de narrar: en la serie *The Acme Novelty Library* usa una enorme cantidad de recursos narrativos que son innovadores, como el uso de múltiples cámaras, de forma que podemos ver un situación repetida desde varios puntos de vista; la deconstrucción de un instante en una serie de pequeñas viñetas, lo que se llama montaje analítico (creado por el italiano Guido Crepax, en la década de los setenta), un segundo descomprimido en toda una página gracias a una serie de pequeñas viñetas que crean sensaciones de tensión o de calma dependiendo de la intención del autor; exagerados acercamientos a objetos, con un *zoom* vertiginoso; cortes abruptos de la narración (como en el caso de *Jimmy Corrigan, The Smartest Kid on Earth*) para pasar a un supuesto cambio de tercio: invitación a los lectores a construir un kinetoscopio, un robot de papel o una maqueta de la casa donde vivía el abuelo de Jimmy Corrigan, un cambio que no supone tal, pues lo que logra es precisamente reforzar lo que

se está contando; o las ya clásicas escenas de un apartamento o de una casa dibujadas por Ware con un corte transversal, en el cual podemos ver el interior de la construcción con sus habitantes y como éstos interactúan con este espacio y con los objetos que allí se encuentran.

Esos recursos narrativos Ware los incorpora a la narración con una estética impecable, pero todo al servicio de lo que esta narrando. Algunas de sus historias tienen un alto contenido autobiográfico, pero sea que esté contando a partir de experiencias propias o no, sus historias siempre tienen un pie en el presente y otro en el pasado, además de poseer un alto grado de intimidad y de melancolía, una especie de apatía por el mundo, por un tiempo que quizás el autor perciba que se decanta en el sinsentido o en el vacío. Quizás esa apatía surja de esa mediocridad que siente en el mundo, y quizás también la meticulosidad de Ware tenga su motor en ese asunto: acabar un poco con la pequeñez de este mundo, rompiéndose la espalda para crear una hermosa obra en todos sus aspectos.

truchafrita@hotmail.com

Profesor de la Universidad de Antioquia



Borges, de nuevo

Eliseo Gil

En su segunda visita a la ciudad, a diferencia de la primera, una amplia concurrencia escuchó a Borges en el

auditorio de la Biblioteca Pública Piloto. Entre una y otra visita habían transcurrido aproximadamente diez años, y de un autor apenas conocido entonces, ahora se hacía difícil creer que su sólo nombre despertara el delirio colectivo. Sus complejas invenciones, su bella e ingeniosa escritura, hasta su perpleja y a ratos burlona sabiduría, parecían estar al fin al alcance de todos.



Corría el año de 1978 y Borges —quien llegaba acompañado de María Kodama, una alumna de la cual se había enamorado, como de tantas otras en el pasado—, sin desbordar nunca los límites platónicos, era ya casi un anciano, y a la ceguera sumaba ahora dificultades al hablar, pues demoraba en dar con las palabras que necesitaba, dando la impresión de que éstas iban a un ritmo mucho más lento que su pensamiento.

A sus setenta y pico de años, Borges era ya una leyenda que pocos discutían, y aquella mañana privilegiada en lugar de una conferencia prefirió contestar a las preguntas de los asistentes, no siempre atinadas, que en su peculiar tono y sus “ehh” dubitativos al final de cada oración, quitaban toda fuerza afirmativa a lo dicho, lo que era ya una enseñanza.

Pronto, pues, sin mayores esfuerzos, su presencia se impuso, sin eludir la ironía o el giro

ingenioso cuando fue necesario. Apoyado en su bastón y con los ojos velados puestos en lo alto, no cambió de posición durante las dos horas en que, sin muestras de cansancio, estuvo en el estrado. No me llamen maestro, díganme Borges, reiteraba una y otra vez. A una pregunta de si el universo tenía sentido, respondió que lo ignoraba pero lo que él sí sabía era que su vida lo tenía. A otra, que cuando estamos jóvenes nos creemos genios pero que muy pronto, con los años, recobramos la sensatez. Y así.

Al final, como si lo sucedido fuera poco, firmó cientos de autógrafos a decenas de fanáticos aullantes; luego, apoyándose en el brazo del alcalde Jorge Valencia Jaramillo, su anfitrión, fue conducido por el pasillo a la oficina de la dirección. El público abandonó la sala y el lugar quedó a solas.

Cuando a mi vez, esperando reunirme con el grupo de invitados que iría a almorzar con él, me interné por el mismo pasillo, me sorprendió encontrármelo en una esquina del balcón que da al primer piso de la biblioteca, sentado, solo, en actitud meditativa. Quizás quería un momento de reposo y pidió que lo dejaran a solas, y así, de repente, se me daba la fortuna de encontrármelo en la situación menos esperada, aquella en que más era él. Pequeño, frágil, mortal, anhelante de estar consigo mismo, cumpliendo una vez más el papel de minotauro ciego e intimidante.

No el Borges que recorría los escenarios del mundo convertido en su propia representación, sino alguien que, cansado, aburrido de asistir a la misma escena, se apartaba, así fuera un momento, de la corriente de las cosas, para vivir aquél otro que le aseguraba un poco de soledad.



Trabajos de taller
Universidad de Antioquia
Selección, edición y prólogo
Luis Fernando Macías
Departamento de extensión Cultural
Medellín, 2008
222 p.

El verdadero taller literario sucede en la intimidad de cada escritor. Se inicia en épocas remotas, en las vivencias y preocupaciones de los antepasados, y se determina del mismo modo que el Ser, en la adquisición del lenguaje y la cultura. Todo lo demás es el intento de inculcarles a los discípulos los principios de la disciplina, el trabajo y la voluntad; es decir, la formación del carácter, de modo que logren expresar su talento en obras.

Los *Trabajos de taller* son tanteos, esbozos, a veces perlas (verdaderos hallazgos del espíritu), por medio de los cuales el maestro procura otorgarle a cada discípulo la confianza en sí mismo, el valor para lanzarse a caminar que sólo se hace posible mediante el sentimiento del amor en presencia de la fe.

Tonto será quien juzgue estos trabajos como obras acabadas, pero más tonto aun quien los menosprecie en tanto meros ejercicios de aprendiz.

Luis Fernando Macías